

pués sale Disidra del poblado vestida de india cargadora y acompañada de un viejo indio.

Con gran presteza se hacen los preparativos para la expedición, pues calculan en media luna el tiempo indispensable para que Disidra les envíe sus informes.

CAPITULO VII

Una clara noche de luna estaban Arausi y Surabta hablando en el pórtico del palenque. Ellos siempre habían rehuido toda referencia a la prisión de Sectará, pero esta vez quiso Surabta conocer los íntimos pensamientos de ella con respecto a la suerte que debía corresponderle.

—Dime Arausi, le preguntó:—¿Cuál será tu fallo contra mi pobre amigo? —Tengo horror a tu respuesta. —Mis sentimientos luchan con mis deberes con fuerzas tan iguales, que a veces temo volverme loco, y dudo que hasta los mismos dioses fueran capaces de dar un fallo justiciero en el asunto.

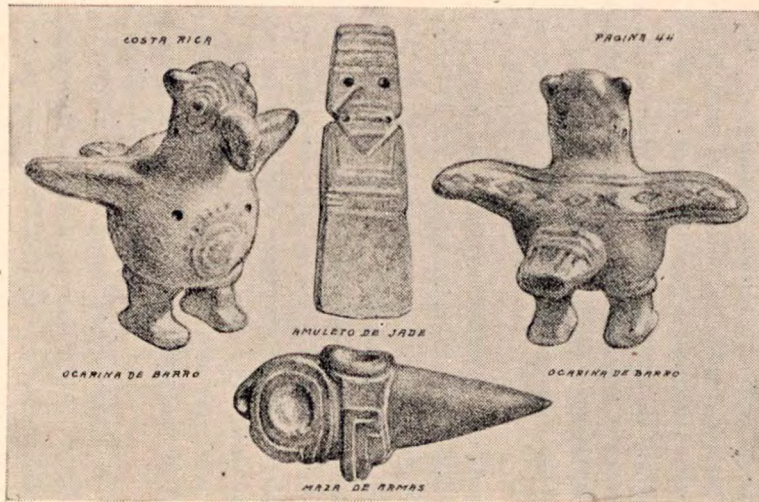
—Ciertamente, le contestó ella. Si juzgas este caso con los prejuicios de tu raza, difícilmente podría dársele una solución equilibrada; pero si elevas tu juicio, entonces sí es posible ver con claridad para emitir un fallo correcto.

—En los difíciles momentos en que atravesaba la batalla, lo justo hubiera sido la condena inmediata de Sectará, pues la salvación de la raza así lo pedía. Cuando un miembro está perdido, lo más cuerdo es cercenarlo cuanto antes, como única salvación; pero

estas duras leyes de la necesidad no pueden ser aplicadas en todo caso. Ahora hemos triunfado en la batalla y ya el miembro dañado no puede afectar al conjunto; y por consiguiente, lo que aconseja la recta conciencia es aplicar todo el esfuerzo de nuestro amor a curar esa alma enferma y descarriada con cariño y múltiples cuidados, y si no está totalmente pervertida, su propia conciencia la hará resurgir limpia y potente y a mayor altura que cualquiera de las nuestras, pues no hay nada que purifique tanto al hombre, como el sabio crisol del sufrimiento.

—Qué sublimes son las creencias de tu raza, querida Arausi: con qué exactitud se adaptan esos bellos pensamientos a los míos: yo siento, como si esas ideas que nunca han pasado por mi mente, siempre hubieran sido mías: como si mi cuerpo discerniera en forma distinta, y algo que está dentro de mí siempre estuviera en íntima comunión con esas ideas tuyas tan luminosas.

—Esas ideas son las de los mayas, realmente, pero por desgracia, esta raza divina fue de momento dominada por un núcleo de feroces sacerdotes y de nobles, los que adueñándose del poder implantaron los sacrificios humanos, aprovechándose de ellos para sus horrendas prácticas de magia y para tener al pueblo sojuzgado por medio del terror. Dichosamente llegó Tutulxiu con sus nahuas y derrocó la teocracia del Gran Sacerdote Huenac, haciendo desaparecer casi por completo los cruentos sacrificios y poniendo todo su empeño en restablecer los antiguos ideales de los mayas, reabriendo en todo su esplendor sus clausura-



das escuelas filosóficas. En ellas fui iniciada yo, al igual que mi padre y algunos de mi raza.

—Mi padre aceptó la dirección del ejército expedicionario con la ilusión de poder sembrar sus nuevos ideales entre los pueblos débiles por que pasara; pero fue un error, pues la semilla luminosa sólo puede dar ópimos frutos en terrenos científicamente capaces de recibirla. No siempre la tierra virgen es la más propicia para la siembra. Y en esta forma y suavemente, va Arausi poco a poco instruyendo a Surabta en sus ideas y se admira grandemente de ver la facilidad con que se adapta a ellas.

Por fin llegan los primeros informes de Disidra. Su difícil misión la ha sabido cumplir muy felizmente, y entonces salen del poblado el Gran Cacique, Arausi y los guerreros terbis, y por varios días avanzan obteniendo repetidos triunfos, hasta recuperar por completo el territorio perteneciente a los güetares.

Cuando la expedición guerrera emprende la vuelta se desvía algo de su ruta, pues Surabta recuerda fijamente el lugar donde encontró a la pequeña Arausi, y al fin consigue descubrir los despojos de Quetzal, así como todos sus documentos.

En el poblado de Aoyac comienzan a hacerse grandes preparativos para la celebración de la fiesta de los huesos, porque Xauquen ha acordado que se tributen al padre de Arausi honores de Gran Cacique. Y es tanto el amor y admiración que todos sienten por Arausi que nadie se extraña de este caso inusitado. Los sacerdotes, por el contrario, desaprueban el

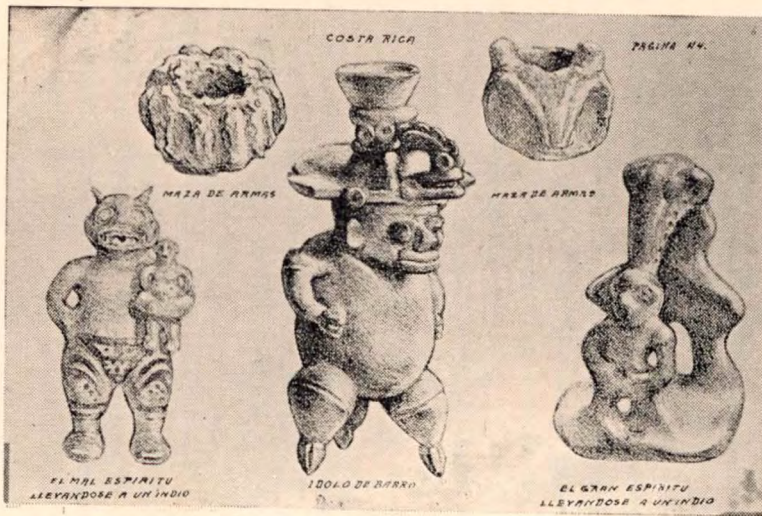
acuerdo del Cacique, pero no hacen la menor oposición a lo dispuesto por él.

Arausi está feliz por esta muestra de cariño y a la vez grandemente interesada en presenciar tan curiosa ceremonia, y pide a Surabta informes sobre ese antiguo ritual.

—Según nos dice el Usékara, comienza Surabta,— el ritual funerario de los güetares se viene transmitiendo a los sacerdotes desde tiempos remotos, y contiene palabras misteriosas cuyo significado es sólo conocido de ellos. La ceremonia se compone de dos partes: la primera se celebra inmediatamente después de la muerte y la otra al cumplirse el año. Cuando muere un jefe o personaje principal se da aviso inmediato a los sacerdotes, los que enseguida encienden el fuego sagrado haciendo girar un palito puntiagudo sobre otro en cuya superficie han hecho un pequeño hueco, y mientras se enciende, los demás acompañan la operación con cánticos. Este fuego lo mantienen durante nueve días y no puede ser usado para ningún otro fin. Envuelven el cadáver en una estera de fibra, y al rededor de él se sientan sus familiares y demás miembros importantes de la tribu. El Cacique toma la palabra dando cuenta a la tribu de la muerte acaecida y solicitando de los presentes que informen sobre la vida del extinto.

—Entonces entra al palenque un personaje con un traje de yerbas, con grandes barbas y con la cara pintada, y se sienta. Este representa el alma del difunto.

Para que comprendas mejor el sentido de la cere-



monia, sigue diciendo Surabta, no debes de olvidar, que la raza güetar cree en la inmortalidad del alma.

—Entonces los presentes se van levantando por turno y contando las quejas que tenían contra el muerto, pero siempre suavizándolas, por terribles que ellas fueran, y en cambio hacen resaltar sus buenas cualidades en forma pomposa, las que levantan murmullos de admiración entre los presentes. Se consideran obligados a contar con veracidad sus defectos y cualidades, pero a la vez están convencidos de que ellos tienen libertad de juzgar de acuerdo con su criterio, y que el Gran Espíritu ha de pesar las razones que ellos den, y que éstas han de ser las que decidan en su sabio juicio.

—Si el conjunto de las razones dadas por los presentes resulta adversa, entonces, el Gran Espíritu abandona esa pobre alma para que se la lleve el mal espíritu.

—Terminada esta parte, proceden a hacerle entrega al muerto de todo lo que le perteneció en vida. De sus águilas de oro, de sus ídolos y hachas, así como de sus arcos, flechas y todos los cacharros de alfarería que usó, y con ello evitan el ser influenciados por el bukurú (malas influencias), que resultaría si se reservasen algunas de las cosas que le pertenecieron, pues su espíritu estaría constantemente reclamándolas, impidiéndole así el poder seguir por el sendero que le corresponda en su nueva vida.

—Después hacen con el cadáver y todos sus objetos un envoltorio en forma de momia, y colgado de un palo lo llevan a gran distancia del poblado, y

lo colocan en una especie de choza construida entre los ramajes de un alto árbol.

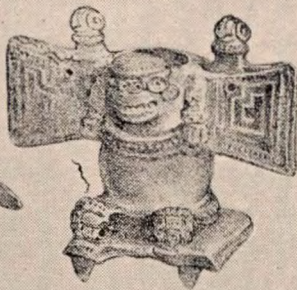
—La segunda parte del funeral, que es la más interesante, será presenciada por tí misma. Siempre se celebra en el palenque del Usékara y en ella podrás escuchar las palabras misteriosas de que ya te he hablado.

COSTA RICA

PAGINA 44



AMULETO DE JADE



IDOLO DE BARRO



AGUILA DE ORO



AMULETO DE JADE

CAPITULO VIII

Llegado el día designado para esta ceremonia, Arausi pudo presenciar los funerales que se hicieron al Gran Quetzal en todos sus detalles. Sus huesos fueron envueltos con gran cuidado en un fino paño de tejido de fibra que tenía figuras y caracteres alegóricos pintados en rojo, y que según le dijo uno de los sacerdotes, explicaba la causa que produjo su muerte. (Uno de estos paños puede verse en el Museo Smithsoniano de Washington).

En el centro del palenque está sentado el Usékara con dos sukias a cada lado, y detrás el Cacique, vestido de toda gala, con sus collares y águilas de oro y su bella piel de tigre a la espalda; en la cabeza la piel de ardilla, que es el distintivo de los jefes, y por única arma una lanza. Surabta viste de igual manera pero sin las dos águilas.

Arausi observa encantada el bello collar que hoy luce el Cacique, formado por pequeños pájaros de lindos y diversos colores, amarrados por el pico, y también las arracadas que le cuelgan de las orejas, formadas por manojitos de vistosas plumas.

A los lados del Cacique están los demás dignata-

rios del poblado, y una gran cantidad de indios entran y salen a cada momento, pues ellos forman parte de la ceremonia, bebiendo chicha y bailando durante todo el tiempo.

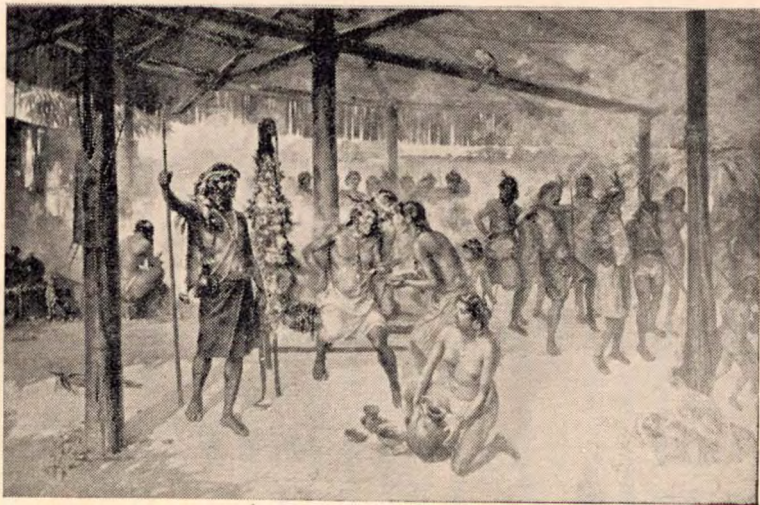
El traje de Arausi es bien sencillo. Su cabello se lo ha recogido en múltiples trencitas entrelazando en ellas delgadas plumas de matices varios. Al cuello lleva un collar de conchas nacaradas. Grandes aretes de oro calado penden de sus orejas, y del mismo metal lleva unos anchos brazaletes en la muñeca y ajorcas en el tobillo, y de un tejido de colores es su pequeño y ajustado calzón.

Son sus líneas estatuarias bajo toda ponderación, pero consiste lo más sobresaliente de su belleza en sus grandes y dulces ojos negros.

Ella ha sido la encargada, en unión de las mujeres del Cacique, de dar a un viejo indio la infusión de chicha y agua de tabaco que se acostumbra para ponerlo en comunicación con los espíritus.

Está Arausi rodilla en tierra, lista a servir más líquido, hasta conseguir el necesario conjuro. Al indio lo sostienen las mujeres, pues se niega a tomar más de tal brebaje, teniendo el Cacique que avanzar para imponerlo con su presencia. En uno de los extremos del palenque una india prepara al fuego más cantidad de esta bebida, y mientras tanto, una porción de músicos tocando sus raros instrumentos y seguido de indios cantores van dando vueltas al rededor del palenque y marchando a su cabeza una nube de chiquillos.

Frente a los sacerdotes, otros dos tratan de en-



FIESTA DE LA CABEZA



cender el fuego por medio del frotamiento y, los demás acompañan este trabajo con sus monótonos cánticos.

Al saltar la primera chispa, el Usékara la recoge con un copo de algodón: sopla sobre él, y al levantarse la llama, lanza un grito, y a este anuncio todos los indios comienzan un baile loco.

Hacia el fondo del palenque y en su esquina más retirada, ha sido colocado el paquete con los huesos, a conveniente altura, para que nadie pueda tocarlo por descuido, pues inmediatamente entraría el desgraciado en estado de bukurú.

El Usékara traslada el fuego sagrado bajo los huesos y después se acerca al indio viejo, que ya ha quedado desvanecido por el brebaje, y parece escuchar atentamente las órdenes que recibe de los espíritus. Vuelve de nuevo a su asiento y le entregan una jícara de chocolate, la que bebe con medida. Después sacude unos cascabeles de oro y seguidamente, todos los sacerdotes entonan un canto funerario. Terminado éste se acerca a los huesos y quema incienso y hojas de tabaco en un pebetero con unas brasas sacadas del fuego sagrado. Sopla el Usékara sobre este humo perfumado para que sea envuelto en él el paquete de los huesos, purificando en igual forma las cuatro es-



Pebetero

quinas del palenque, volviendo a su puesto y comenzando otra vez los cantos.

Arausi está extrañada de las palabras que escucha en estos cantos, pues ellas son pronunciadas en la más pura lengua maya. Ellas detallan las dificultades con que tropezaré el difunto en su viaje al reino de Sibó y le advierten del camino que debe seguir para llegar sin mayor tropiezo a la Mansión Sagrada. Le advierten que este camino va rumbo al cenit, y que aunque es invisible para el hombre, el espíritu puede distinguirlo claramente.

Ya han terminado la segunda estrofa los sacerdotes, e igualmente ha comprendido Arausi su significado. Estas estrofas han sido dirigidas también al alma del difunto para advertirle de los ríos peligrosos que tendrá que atravesar, donde lo estarán esperando hambrientos caimanes listos a devorarla.

Y la última estrofa cantada por los sacerdotes es también claramente interpretada por ella. Son advertencias al alma del difunto para que no se arredre ante las serpientes monstruosas que tratarán de impedirle el paso; ante las altísimas colinas que tendrá que escalar después de estar agotado por el cansancio, y de los profundos precipicios que tendrá que traspasar; pero que en cambio y como consuelo a todas estas dificultades, siempre encontrará hermosos pájaros de dulce canto que lo animarán en su camino y bellas mariposas de pintadas alas, que cual flores voladoras lo guiarán por el sendero que conduce hasta el país del Gran Sibó, en el cual podrá comer, beber y divertirse sin más sufrir por las cosas de la tierra.

Después de terminada la tercera estrofa, entregan al Usékara otra jícara de chocolate, la cual vierte sobre el fuego sagrado, y cuando éste se apaga da un grito al que responden todos sus compañeros. Seguidamente se organiza la procesión fúnebre hasta dejar enterrados los huesos en una fosa, con cuya ceremonia termina la llamada Fiesta de los Huesos.

CAPITULO IX

Debido a las grandes instancias de Arausi y de Surabta, el Cacique había consentido en no iniciar la causa contra Sectará hasta después de su vuelta de la expedición del Tarire, y se había fijado para el día siguiente a los funerales el comienzo de ella. Ambos tenían miedo por su resultado, porque se extrañaban de que Xauquen no hubiese consultado con Arausi nada a este respecto.

A la vez se extrañaba ella del raro cambio que notaba en el modo de ser de Surabta. Ahora se pasaba casi todo el día ausente del poblado, y sólo regresaba al caer la noche, y estas ausencias las disculpaba diciendo, que estaba siguiendo la pista de unos tigres que rondaban el poblado; pero la verdad era distinta.

Surabta había construido un pequeño rancho en los linderos del bosque y en él dormía parte del día, y después toda la noche la pasaba haciendo centinela cerca del palenque donde Sectará estaba preso. El temía que su amigo tratase de arrebatarse a Arausi y huir a la montaña; y por eso había establecido una

estricta vigilancia en compañía de Deyé y de varios de sus más fieles guerreros.

Al terminarse los funerales de Quetzal, gran parte de la tribu estaba vencida por los bailes y por el exceso de licor.

Era pasada la media noche. Surabta estaba de guardia frente a la prisión, tendido sobre su piel de tigre, pues comprendía que esa era la noche más propicia para una huída.

Era su propósito proteger a Sectará en cualquier intento de fuga que hiciese y así se lo tenía advertido a sus guerreros, pero a varias insinuaciones disimuladas que éstos le habían hecho, el prisionero no se había dado por entendido.

Estaba Surabta pensando en lo raro de este proceder, cuando de pronto creyó ver que una fiera se deslizaba a alguna distancia de él, y con presteza preparó el arco, pero no dispara, pues una sospecha cruza por su mente; y entonces, con igual cautela va en su seguimiento. Su instinto de experto cazador se sutaliza, y ni el más leve ruido hace a su paso. Ya no le cabe duda: es Sectará el que se arrastra tan cautelosamente.

Por un momento cree que su intento es escapar hacia la montaña, y es tanta su ansiedad que hasta teme que el ruido de su agitada respiración lo descubra. Pero, ¡terrible desilusión!: Sectará se dirige hacia el palenque de Arausi.

Entonces se despierta en él un instinto de fiereza, y decide que a cualquier costa ha de salvarla de las garras de su amigo; y al observar que ya entra,

él también a paso rápido traspone la mampara y dirige su vista al lecho en que Arausi está recostada. A la tenue luz que despiden los leños del hogar, apenas consigue distinguir ambas figuras. El está quieto y en estática contemplación, cual si estuviera frente a una diosa; ve que inclina una rodilla, y escucha el hondo suspiro de un llanto comprimido.

Y es tan intensa la congoja que ahoga a Surabta, que siente por su amigo una profunda compasión, pues hasta ahora comprende cuán profundo es el loco amor que Sectará siente por Arausi.

Pero, ¡qué ve!: con la velocidad del pensamiento salta Surabta sobre él y le detiene el brazo, apenas a tiempo para evitar que descargue su maza sobre Arausi.

Ella también ha saltado presta del lecho lista a la defensa, y en vez del mirar airado natural, sus bellos ojos negros se clavan en Sectará tranquilos, pero con destellos de un profundo sentimiento.

Entonces Surabta lo arrastra dulcemente y así lo lleva hasta fuera del poblado.

Varias lunas se suceden: Arausi está muy triste, pues su compañero Surabta salió desde hace días para preparar una batida de caza con algunos de sus guerreros, y desde entonces no ha vuelto. En los primeros tiempos nadie se preocupaba por su ausencia, pues otras veces había acostumbrado a alistar esas batidas, pero ahora comienzan todos a extrañarse de tan larga ausencia.

Arausi había solicitado por varias veces el permiso del Cacique para salir en su busca con algunos

de los guerreros, pero siempre se ha negado diciendo, que de estar Surabta con vida, él llegará al poblado en cualquier tiempo.

Y ella sigue muy triste, y su congoja se intensifica por momentos.

Una noche contaba Arausi a los sacerdotes y al Cacique algunas antiguas costumbres de su patria, para así distraer su pena por la ausencia de Surabta. Les contaba que algunas vírgenes se lanzaban de motu propio a un profundo pozo, llevando placas de oro al cuello, en las que iban escritas súplicas a los dioses pidiendo mayor prosperidad en las cosechas, cuyos sacrificios representaban un gran honor para las familias; y también les refería el intenso cariño con que ellos veneraban a los dioses.

El Usékara relató entonces algo sobre las antiguas costumbres de los viceytas, y recordó como también en cada luna ellos sacrificaban vírgenes en el altar de los sacrificios, principalmente, cuando las enfermedades azotaban al poblado.

CAPITULO X

Días después fué llamada Arausi al palenque del Usékara. Éste le manifestó, que todo el cuerpo sacerdotal estaba grandemente consternado porque los espíritus se habían negado repetidas veces a obedecer a sus conjuros. —Deben de tener algún motivo de fuerte desagrado contra la tribu, dice el Usékara, y tememos que sea debido a haber tributado aquí honores fúnebres de Cacique a un extranjero. —Y es lo peor del caso, sigue diciendo, —que hay una infinidad de enfermos en la tribu que no pueden ser curados por la falta de conjuros. —¿Qué crees tú que podemos hacer en esta situación tan aflictiva, querida Arausi?

Ella ve claramente detrás de esto alguna trama que preparan los sacerdotes para hacerle perder su prestigio, y más se confirma en ello, cuando sabe por el Cacique, que al palenque real ya han llegado algunas mujeres para consultarle sobre los medios de curar a sus enfermos, en vista de que los sacerdotes dicen que los espíritus ya no quieren concurrir a sus llamadas.

También en la tribu ha creído notar un principio

de aversión contra ella, pues ya no la saludan a su paso con las mismas muestras de cariño, y al mismo Cacique lo ha encontrado preocupado, y por ligeras indicaciones que le ha hecho, ha podido comprender que está grandemente arrepentido de haber celebrado los funerales de su padre.

Si estuviera Surabta a mi lado, pensaba ella, seguramente podría contrarrestar la mala influencia que los sacerdotes están despertando contra mí. —¿Dónde estará? ¡Si yo pudiera encontrarlo!—He de salir en su busca aunque sea sin el permiso del Cacique.—Veré si alguno de sus bravos guerreros quiere acompañarme.

Entonces se dirigió hacia el campo de maniobras donde estaban emplazados los largos palenques de los guerreros terbis. Fue preguntando, y enseguida dió con la vivienda de Deyé, que era como el lugarteniente de Surabta y su más fiel compañero. Con tanto cariño le contestaban todos a sus preguntas, que ahora se sentía de nuevo la Arausi de otros tiempos: tan amada y bendecida.

—Amigo Deyé, le dijo al encontrarlo:—He sabido que tu vida ha sido salvada varias veces por Surabta y que tú frecuentemente te has condolido de no haber merecido el honor de los dioses de poder exponer tu pecho ante ningún peligro de tu jefe.

—Es muy cierto lo que dices y lo repito, le contestó Deyé.

—Pues creo que ha llegado ese momento, le dijo ella.—¿Estarías dispuesto a acompañarme sin permiso del Cacique en busca de Surabta?

—Por su servicio llegaría hasta el infinito, pero

creo serle más útil esperando pacientemente su regreso.

Una ola de indignación envolvió a Arausi y con tono sarcástico le dijo: —¿En tanto aprecio tienes tu vida?

Y es ahora Deyé el que se indigna, y después de dominarse un poco le contesta con voz doliente: —Nunca esperé oír de tí tal reproche.—Has visto alguna vez en tu país que el cachorro del tigre haya tenido miedo de cualquiera de las fieras de la selva?

—No te enojés, mi buen Deyé: bien me consta tu valentía, pero ¡sufro tanto! que no sé lo que me digo. Siento que algo oscuro se cierne en torno mío, y sin la presencia de Surabta, te digo francamente, que comienzo a tener miedo.

—¿Pero miedo de qué?, le pregunta Deyé; no sabes que todos los guerreros te somos fieles y adictos según el juramento prestado por nuestro jefe?: —¿lo habías olvidado? —Cuéntame qué es lo que temes.

—No podría decirlo con certeza, le contestó Arausi, pero siento un terrible desasosiego por Surabta a quien amo más que a mi vida. Después, en las gentes de la tribu noto un raro desapego, y sé de cierto, que los sacerdotes achacan las enfermedades que ahora reinan, al hecho de haber celebrado en el poblado los funerales de mi padre, y que por eso es que los espíritus no quieren ayudarlos a curar a los enfermos.

—Cómo es eso, dijo Deyé:—¿es cierto lo que dices?; se quedó muy pensativo, se levantó rápido y saliendo del palenque dijo: —Está bien, pensaré en ello.

Arausi se volvió desencantada. Aquella salida del guerrero sin darle tiempo a insistir en su demanda,

la tomaba como un signo de horror al saber que los espíritus se habían negado a dar sus consejos en las enfermedades de la tribu. —¡Todos me abandonan!, iba pensando; y como en un grito de congoja dijo por último: —¡Pero dónde estará Surabta!

Cuando llegó al palenque la estaban esperando el Usékara, los sukias y el Cacique. Desde la entrada pudo observar que éste tenía agachada la cabeza y que tampoco la levantó a su entrada.

El Usékara avanzó hacia ella y le dijo con su tono más ceremonioso. —Hoy vengo a hablarle a aquella Arausi que tantos bienes trajo a este poblado: —a la que tan repetidas veces supo exponer su existencia por salvar a sus hermanos en las últimas batallas. —A ella vengo a decirle, que por fin los espíritus nos han hecho el honor de contestarnos, y han manifestado claramente que toda la tribu está en estado de bukurú (maleficio) por haber nosotros tributado honores funerarios a un ser desconocido de la tribu, y que el único medio de purificar este poblado, es sacrificando la vida de su hija Arausi.

Ella se apoyaba en una de las mamparas, y siente en su mente una rara exaltación que le permite escuchar claramente las palabras del sacerdote, y a la vez oír el intenso rumor que hacía afuera el populacho. Veía a la vez, que seguía el Cacique con su frente agachada y que estaba llorando, y de igual manera le iban pasando por la mente en rápida sucesión de pensamientos, el modo hábil y certero con que los sacerdotes habían ido preparando el golpe, y el inminente peligro que corría su vida, y apesar de

este cúmulo de pensamientos, seguía escuchando las palabras del Usékara, el cual por último le decía, que volverían al día siguiente, con la esperanza de que ella por su propia voluntad, y noblemente, ofrendara su vida como único medio de salvar a sus hermanos.

Ya es de noche. Arausi está echada sobre el lecho, y se siente completamente abandonada. Hasta los guerreros han roto su sagrado juramento por temor a los espíritus. Esos gritos que se escuchan, comprende que son del populacho, y cree ver cabezas de mirar huraño que la observan a través de la mampara. No hay duda que los sacerdotes han ido levantando al pueblo contra ella.

—¿Pero dónde estás, Surabta mío?, dice acongojada: —¿dónde estás que no corres en mi ayuda? —¡Sálvame como tú me pedistes cuando tenías el pecho atravesado por la flecha!

El ruido de afuera se intensifica y ya es tumulto. Nadie ha pensado en encender las antorchas y una lúgubre oscuridad reina en todo el palenque.

De pronto, siente Arausi que la arrastran y la envuelven en la propia piel del lecho y corren con ella. Ya no puede gritar: en veloz carrera la conducen al suplicio, y entonces pierde la noción de su existencia.

Al recuperar su pensamiento, se siente toda lastimada; y temerosa de mirar la realidad, no sale de su garganta más que un lamento. ¡Sálvame Surabta! dice: y como a impulso de un conjuro, siente una delicada presión en todo su cuerpo, y escucha una voz armoniosa que con cadencias de cariño le va diciendo: —No

temas ya, Arausi mía. —Tu amoroso llamamiento me fue trasmitido por mi fiel guerrero. —Nunca estuve lejos de tí, pues con mi pensamiento estaba unido a tu ser con una cadena de amor. —Yo te huía, porque había prometido a Sectará ocultarte mi cariño, a condición de que él también desistiera para siempre de tu amor; pero en el momento de correr yo en tu socorro, él se acercó a mí y me dijo: —¡Sálvala, por los dioses!, aunque después sea para tí el cariño de mi adorada Arausi; y como un loco, rápido se internó de nuevo en la montaña.

Arausi iba escuchando las palabras de su amado, y todavía no se atrevía a abrir sus ojos, temerosa de que todo aquello no fuese más que un efecto de su exaltada fantasía.

Y siguió oyendo sus palabras: —Al conocer por Deyé tu amoroso grito de llamada, volé al poblado listo a arrancarte hasta de las mismas manos de los espíritus. Todos mis guerreros habían sido advertidos por Deyé del inminente peligro que corrías, y cuidadosos vigilaban a las masas para salvarte caso de que yo no llegara a tiempo.

—Entré al poblado exactamente en el momento en que las turbas te sacaban del palenque.

Entonces Arausi, abriendo lentamente sus bellos ojos de gacela, va contemplando a varios guerreros inclinados hacia ella con mirar ansioso, y cuando levanta su cabeza, cruza su vista con el mirar noble de Surabta, el cual la tiene blandamente recostada en su regazo.

Entonces ella quedamente le va diciendo: —Yo sí conocía tu intenso amor a mí, y también sabía de tus

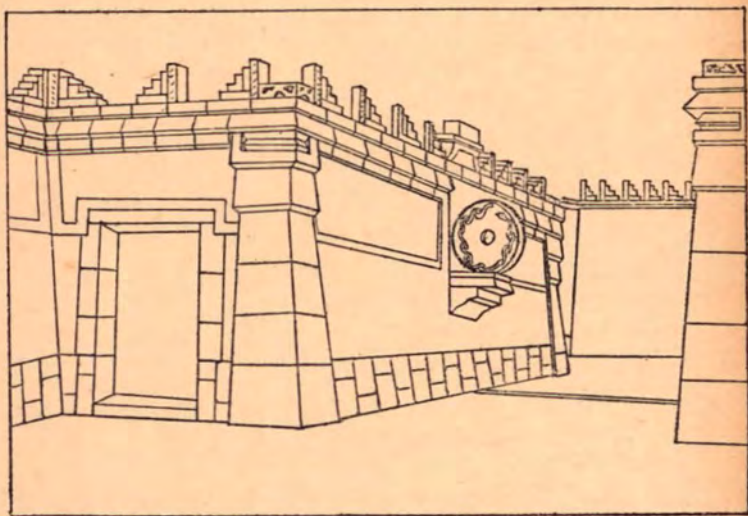
grandes sufrimientos. —Ese amor tuyo, profundo y delicado, tuvo la virtud de despertar un sentimiento para mí desconocido, pues toda idea de amor fue por mí siempre rechazada. —Pero al conocer tu altruismo y la nobleza con que sacrificabas tu cariño, sentí el despertar del amor. —Ya te he encontrado; y hasta ahora comprendo, que si los mundos nacieron, fue al influjo de una palabra de amor de los dioses.

Segunda parte

LA VIRGEN DE XOCHIQUETZALLI (FLOR PRECIOSA)

Nunca se había visto tan concurrido el tlachtli (juego de pelota) de Na-chan-caac (Palemke, México).

Las apuestas que se cruzaban en la muralla, y en el patio de juego eran fabulosas. Como el empate que aca-



Juego de Pelota Na-chan-caan (Palemke)

baba de resultar entre los dos partidos había sido completamente inesperado, la exaltación de todos los concurrentes a la fiesta llegó a un alto grado.

Los atletas descansaban tendidos sobre mantas y otros recostados en los muros y discutían las peripecias de la lucha.

Este juego de pelota era el más amplio que se había construido en el territorio dominado por los nahuas. Sus paredes, de fino estuco, estaban adornadas de preciosas pinturas representativas de los dioses a los que estaba dedicado el juego, y entre las almenas que coronaban las murallas presenciaba la partida lo más rico y granado de la aristocracia de los itzaes.

El Monarca Tutulxiu, con toda su corte de guerreros, presenciaba el juego desde su palco entoldado por bellas mantas de tejido de plumas, y adornado con el escudo real y por banderas y plumeros de quetzal.

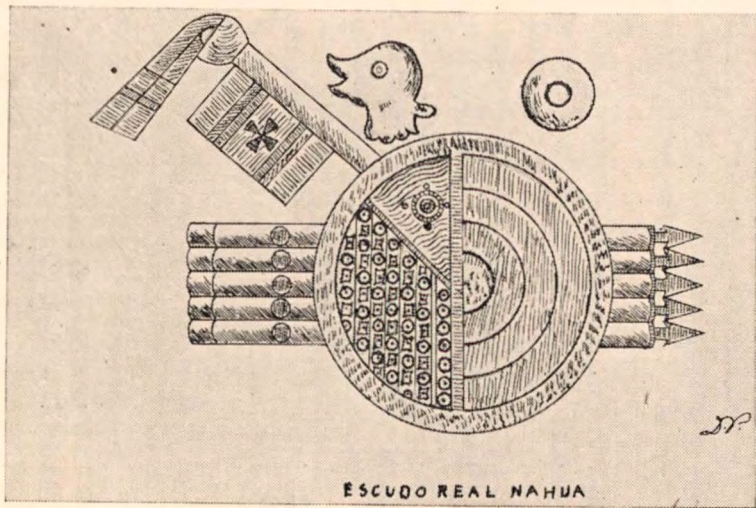
A su frente queda el palco del Gran Sacerdote Huenac, también entoldado y adornado como el del rey.

El centro del estadio es largo y angosto; y los anillos de piedra adosados a ambas paredes, están adornados por dos serpientes entrelazadas en realce.

Algunos atletas practican mientras tanto, con sus bolas de hule macizo, su paso por el círculo interior de los anillos.

Todos comienzan ya a notar que el intermedio es más largo de lo acostumbrado, y los jugadores comienzan a unirse a sus bandos respectivos dando signos de impaciencia.

Los atletas llevan por todo vestido el maxtli arrollado a la cintura y pasado por debajo de las piernas



ESCUDO REAL NAHUATL

con sus puntas colgando por ambos lados. Los muslos los tienen comprimidos fuertemente por pieles de venado, y también de piel son los chacualli (guantes).

De líneas estatuarias son todos ellos, diferenciándose los nobles de los guerreros, en que éstos son más musculosos y de mayor aguante, y los itzaes de líneas más finas, pero ágiles y más veloces en la carrera.

Ambos grupos se diferencian por el color del maxtli, siendo rojo el del grupo de los guerreros y azul el de los nobles.

La corte que rodea al Gran Sacerdote es de un brillo fastuoso, por sus trajes, sus joyas y armaduras. Los nobles itzaes hacen gala de sus riquezas y elegancia, principalmente, cuando pueden lucirlas frente a la sencilla corte del monarca. Es como un constante desafío a las costumbres y gustos modestos del rey Tutulxiu.

A la derecha del palco del Gran Sacerdote sigue el correspondiente a la princesa Huitzillin (colibrí), sobrina de éste, la cual, por ser la más próxima descendiente del Jefe destronado por Tutulxiu, es la representante de la aristocracia de los itzaes, y el brazo derecho del Gran Sacerdote Huenac.

El juego va a comenzar de nuevo. Todos los atletas están ya en sus puestos en espera del sonido del teponaxtli (tambor de guerra). Los minutos pasan y ya comienzan a extrañarse por esta demora inusitada y todos miran al palco del monarca. Tutulxiu está de pie y algo separado de sus cortesanos. Está escuchando atentamente a un guerrero, que casi a su

oído le informa de asuntos que deben ser de gran importancia en vista de la atención y cuidado que le presta.

Se van acallando los mil ruidos del estadio. Un principio de ansiedad parece que de pronto comenzase a embargar el ánimo de los espectadores. Todos miran hacia la tribuna regia empeñados en conocer al guerrero que habla con el monarca.

En medio de aquel silencio expectativo, de pronto se oye la palabra de Tutulxiu que con voz concisa llama a Holcatl, que es el Jefe Supremo del Ejército.

Este se le acerca y después de breves palabras se retira el rey de su palco, seguido únicamente de los guerreros de la escolta.

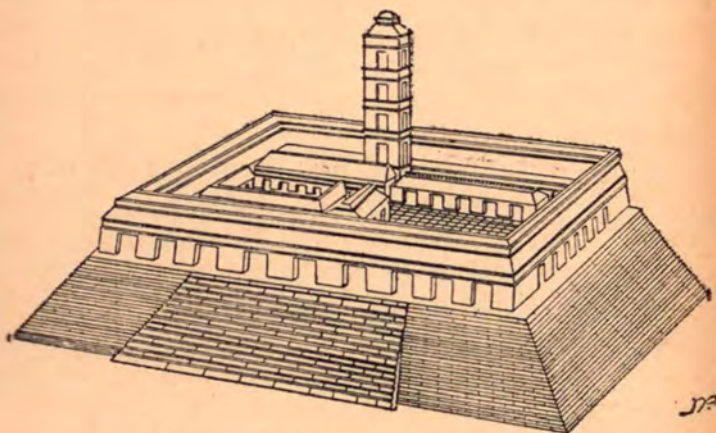
Momentos después se escucha por todos los ámbitos del estadio la palabra sonora de Holcatl diciendo: —De orden del monarca, quedan suspendidos los juegos.

Un prolongado y creciente ruido de tempestad resuena por todo el gimnasio. Rápidamente el público tumultuoso sale de él, al principio indeciso, pero después en veloz carrera, y toda aquella masa de espectadores se lanza en dirección al palacio del monarca.

Ese caso inusitado de haber suspendido el rey su juego favorito, su conversación con aquel guerrero desconocido, y su rápida retirada, son presagios de sucesos alarmantes, de algo terrible que todos a porfía tratan de averiguar cuanto antes.

La masa humana ávida de noticias, desemboca en la plaza del palacio real. Muchos de entre ellos se consideran con derecho por sus cargos en el palacio

y otros por razones de nobleza, para entrar libremente, pero una guardia de guerreros les impide el paso, pues se va a celebrar un Consejo Real.



Palacio Real Na-chan-caan (Palenke)

Momentos después comienzan a llegar los representantes de las Cámaras, el Gran Sacerdote, el Nación y los jefes militares.

Una porción de aristócratas itzaes forma nutrido grupo en la plaza y su despecho los exalta como nunca al sentirse rechazados por las guardias e incapaces de escuchar las discusiones del Consejo. Ellos creen representar el más alto exponente de la civilización maya: ellos han sido por un tiempo directores de esa raza poderosa: y considerándose ellos la más alta aristocracia de la Nación, ahora se sienten oprimidos y rechazados como incapaces de dar su opinión en los consejos. En cambio, esa nueva raza bárbara

y presuntuosa, nacida en los remotos bosques del norte, sin cultura ni refinamiento alguno, les impone una sumisión humillante usando del absurdo derecho del más fuerte.

—¿Qué se hicieron nuestros dioses?, claman algunos de entre ellos, y otros les responden: —ese olvido en que nos tienen los dioses es muy justo y merecido. —Si nuestro Jefe el Gran Sacerdote no hubiese aceptado, al abdicar, la imposición del monarca de que fueran prohibidos en todas las provincias del Estado los sacrificios humanos, nuestros dioses nos hubieran seguido protegiendo. —Pero nunca es tarde; si en vez de llorar por nuestra perdida preponderancia nos dedicamos a sacrificar nuestras comodidades, lanzándonos hasta los confines de este reino a predicar la guerra santa, y convencemos a los batabs (caciques) que deben seguir celebrando los acostumbrados sacrificios apesar de las prohibiciones del monarca, tened por seguro, que cuando lleguen a Tutulxiu las noticias de esta rebelión, ya estaremos de nuevo bajo la protección de nuestros dioses, y entonces habrá comenzado la decadencia de la bárbara raza nahua.

Los que en tal forma hablaban emitían sus opiniones en voz alta y vibrante; pero en cambio, entre otros grupos se escuchaban ideas opuestas, dichas con palabra mesurada y temerosa. Ellos eran los que formaban la masa entre la cual acostumbraban los sacerdotes a escoger las víctimas para los sacrificios. Era el pueblo que ya comenzaba a salir de la época de perpetuo terror que acababa de pasar, y que prin-

cipiaba a perder el temor de que sus hijos fuesen inmolados a los crueles dioses.

Uno de entre éstos decía: —Debemos a toda costa apoyar al monarca y dar nuestra vida por él si llega el caso, pues en esta forma defendemos la vida de nuestros hijos. —No tengamos miedo a los dioses sanguinarios: si fueran tan poderosos como dicen los sacerdotes, ya nos hubieran castigado con enfermedades y con muertes, y por el contrario, desde la llegada de los nahuas las enfermedades han desaparecido casi por completo. —Algo muy grave debe estar pasando en la sala del Consejo, pero en cualquier caso, yo les recomiendo que siempre respaldemos las decisiones del monarca.

Esas opiniones encontradas eran fiel reflejo de la exaltación reinante entre el pueblo na-chan-caano. Desde el momento en que fue sometido al yugo nahua hubo frecuentes y duras represiones, y siempre se descubrió como promotor de las algaradas algún elemento de la aristocracia de los itzaes.

De pronto vuelve la atención de todos los presentes hacia el palacio real, y es debido, a que por las gradas desciende a gran velocidad una escolta de hulcanes (guerreros) de la sección de corredores. Con su jefe y a la voz de «servicio del rey», atraviesan en línea recta por la plaza repleta de pueblo y todos se apartan a su paso sin estorbarlos en su veloz carrera.

Entonces algunos de entre el público corren a su lado para inquirir noticias y poco después vuelven diciendo, que la escolta ha recibido orden de salir al encuentro

de Xochitl, la hija del Gran Quetzal, y de conducirla hasta el palacio.

La noticia circula veloz entre los grupos, pero ella no ha sido suficiente para calmar la ansiedad que reina en las masas.

Ya el sol ha traspuesto el horizonte, y sin embargo, cada vez la muchedumbre es más compacta en la plaza del palacio. Comienzan a iluminar sus fachadas con grandes teas que van ensartando en las argollas empotradas en los muros y a los lados de las puertas, y los demás palacios y edificios van siendo iluminados de igual manera; mientras tanto la inmensa muchedumbre sigue en paciente espera de noticias.

Acrciéntase el murmullo; pero la atención se principia a concentrar sobre la palabra vibrante y clara de un tribuno que dice: —Al fin he podido descifrar el misterio que a todos nos embarga. — Si, prosigue: —no hay duda de que el gran ejército enviado por los nahuas para la conquista de nuevos territorios ha sufrido una cruel derrota, con lo cual, el poder de nuestros dioses destronados comienza a hacerse sentir.

—Estoy seguro que la derrota debe haber sido total y afrentosa, en vista de agitación que se notó en el monarca cuando suspendió los juegos. —Nuestras humillaciones tocan a su fin y en un futuro muy cercano hemos de ver a Tutulxiu ofrendar a los antiguos dioses inmensos sacrificios para aplacarlos, y si insistiera en su loco desafío, su poder quedará deshecho y el recuerdo de su nombre desaparecerá como si nunca hubiera ejercido poderío.

Todos dan por un hecho las palabras del tribuno: hasta la misma plebe acepta sus ideas como verdades indiscutibles y muchos corren a sus casas ya listos a defender a sus pequeños, convencidos de que de nuevo se avecinan los días pavorosos en que sus hijos serán pasto de las llamas, y que para aplacar la furia de los dioses tendrán que ofrendarles miles y miles de pequeños.

Se acerca la media noche. Con frecuencia se ha escuchado el sonido del tambor de guerra y ello indica que el monarca ha tenido que imponerse a los miembros del Consejo, pues el pequeño teponaxtli corta toda discusión con su tétrico sonido.

De nuevo suena la palabra mesurada y tímida del que abogaba por la causa del monarca, del que antes predicaba por la desaparición de los cruentos sacrificios, diciendo:

—No hay que temer: tened confianza en Quetzal y sus guerreros. —Ese jefe invencible no puede haber sido derrotado. —Tutulxiu le dió la dirección de tan potente ejército no por la gran amistad que le tenía, sino porque reconocía su alta competencia y valentía. —Puede haber sido traicionado pero no vencido.

—No hay tampoco que olvidar que su hija Xochitl (flor), la vestal de la diosa Xochiquetzalli llevaba consigo los poderes misteriosos que le fueron confiados por su anciano maestro el Nacón, cuya ciencia es de todos conocida. —Fiad en mí: —no hay que temer el que volvamos a los recién pasados tiempos en que los sacerdotes nos pedían ávidos más y más sangre de nuestros hijos para así calmar la furia de los dioses.

—Aunque el gran ejército hubiera desaparecido, tened por seguro, que el Gran Tutulxiu tendrá energía suficiente para dominar a los itzaes e imponerse a todo el territorio. —Quedad tranquilos y no dudemos un momento en apoyar a nuestro rey, que aunque de raza distinta a la nuestra, nos brinda con su amor, sana nuestros pueblos, distribuye entre los pobres la riqueza de los campos y, sobre todo, porque defiende con sus leyes el derecho de vivir de nuestros hijos.

Apesar de estas palabras consoladoras, la expectación del pueblo ya se va convirtiendo en tumulto, alentado por los itzaes que se esfuerzan en convencerlo del derecho que todos tienen a conocer los detalles de la derrota. Y mientras tanto, una sección de guerreros va cercando lentamente todo el perímetro del palacio y todo hace creer que se avecina un choque.

Ahora es la ciudad entera la que invade las calles, y todos tratan de acercarse a la plaza del palacio, pero les resulta esfuerzo vano, pues la multitud ya es compacta y no cabe una persona más en su recinto.

CAPITULO II

Cuando comienza a amanecer se escucha un lejano rumor y enseguida se inicia un movimiento de retroceso de la masa humana convergiendo hacia el palacio. Momentos antes hubiera parecido imposible que esa masa fuese dúctil y capaz de replegarse; pero es tanto el terror que sienten cuando la sección de corredores lanza la frase de «servicio del rey», que todos se comprimen y abren ancha calle hasta las gradas del palacio.

Ya desembocan los guerreros. A la escasa luz de la aurora perciben las bellas facciones de Xochitl la cual viene acompañada de un guerrero con extrañas armas. Con los nahuas vienen otros muchos guerreros desconocidos, de cuerpos macilentos y trajes desarrapados. Cuando llegan a las puertas del palacio aparece Holcatl acompañado de varios jefes. Xochitl avanza con el guerrero desconocido y es saludada por los jefes con gran cariño.

Sólo ella y su compañero entran en el palacio y los demás quedan en el pórtico y en las gradas y, sin el menor respeto a las costumbres, se dejan caer, más que se sientan.

De pronto las turbas se desbordan e irrumpen hacia el palacio ávidas de inquirir informes: suben las gradas en tropel, y entonces los guerreros nahuas se repliegan contra el muro, listos a la defensa de las puertas.

Pero ha sido infundado su temor pues el pueblo sólo ha pensado en dirigirse hacia los extenuados guerreros para acosarlos con múltiples preguntas.

Algunos medio se incorporan y escuchan los clamores con caras de expectación, y contestan en un lenguaje desconocido con el que mezclan algunas palabras que parecen nahuas. Ha sido grande la desilusión del pueblo pues no han podido entender lo que los extraños guerreros les contestan.

Momentos después sale el jefe del palacio y por señas trata de hacerse comprender de los guerreros extranjeros para que los sigan a su alojamiento, pero como ninguno hace el menor caso a sus órdenes, va por el guerrero que acompañaba a Xochitl, y entonces al oír su voz todos se levantan rápidos y siguen al jefe que los conduce.

Cuando el acompañante de Xochitl entra de nuevo en el palacio la encuentra hablando con el jefe Holcatl y entonces se queda algo retirado.

Holcatl le estaba refiriendo a ella los incidentes ocurridos en aquella interminable sesión del Consejo, y los grandes esfuerzos que hacían los sacerdotes, instigados por Huenac, para que ella no fuese escuchada por el rey, y para que inmediatamente fuese encerrada en una prisión al igual que los guerreros que la acompañaban, mientras se enviaban nuevas

fuerzas militares en socorro de las que hubiesen quedado del ejército derrotado, para entonces poder comprobar con certeza la responsabilidad de ella en este fracaso.

—Pero no debes tener cuidado, le seguía diciendo Holcatl, pues todos los jefes nahuas están de tu parte e igualmente el Nacón, y tendrás que ser oída por el rey: como siempre sucede, tus únicos enemigos son los partidarios del régimen caído.

Después de decirle estas palabras se fué Holcatl a la sala del Consejo y el guerrero acompañante de Xochitl se le acercó y le dijo en lengua terbi:

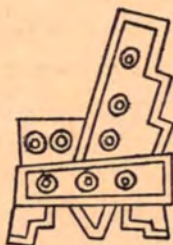
—Arausi, alma mía: repite en mi propia lengua las palabras de ese jefe, pues nada he podido oír de lo que ha dicho y estoy ansioso por saber que es lo que pasa.

—No temás, querido Surabta, pues Tutulxiu es en exceso justiciero y apesar del esfuerzo que están haciendo los partidarios de Huenac para que seamos recluidos sin que yo sea escuchada por el monarca, estoy segura de que no triunfarán. —Ellos quieren que seamos aprisionados mientras vuelven los guerreros que han de recoger al ejército disperso, pero no han de conseguirlo; y sobre todo, no pierdas la fe que he tratado de inculcarte en el gran jefe de mi raza, pues de igual manera que en la guerra es el rayo que extermina, en la paz es un padre amante y justiciero.

Al terminar estas palabras, aparece Holcatl y los invita a pasar a la sala del Consejo.

Ambos avanzan entre dos filas de pequeños tlato-

caicpalli (tronos señoriles), los que están ocupados por los miembros del Tlatocan (Consejo Real).



Tlatocaicpalli (Silla Señoril)

El Consejo está formado por los Doce Grandes Señores, todos elegidos entre los parientes del Monarca, cuyos cargos son vitalicios y reciben el nombre de Tlatoani. Ocupan tronos a ambos lados del Monarca, y usan del derecho de ir cubiertos con el copilli, (cintillo de plumas en forma de corona), y en unión del rey ejercen el mando supremo.

Los demás miembros de las cinco Cámaras, están sentados en dos líneas paralelas. Todas estas Cámaras están formadas por cuatro miembros, siendo la primera sólo elegida entre los doce Grandes Señores, y sólo uno de estos cuatro miembros, que se llaman los cuatro Grandes Electores, podrá sustituir al rey después de su muerte.

La otra Cámara, llamada de los cuatro Grandes Calpulli, se elige entre los varones más íntegros de la nación, y a su cargo está la distribución de las propiedades y terrenos, de acuerdo con las necesida-

des de cada familia, con una justicia imparcial y minuciosa.

Ellos asignan los tributos que cada familia debe aportar al Estado, de acuerdo con la fertilidad de cada terreno; reparten estos tributos entre los ciudadanos impedidos para el trabajo y atienden a los gastos del Estado.

Otra Cámara está formada por cuatro Grandes Jefes Guerreros, y es la que decide, en unión del rey, de todos los asuntos relacionados con la guerra.

La cuarta Cámara es la de los Grandes Jueces, que se dedica exclusivamente a impartir justicia.

Su jefe es el Gran Sacerdote, que es de elección vitalicia, efectuada por los doce Grandes Señores en unión del rey.

La legislación maya permitía, que la Cámara de los cuatro Grandes Electores pudiera tener en su seno al Gran Sacerdote, y por este medio, y durante muchos siglos, el poder temporal y el real fue mantenido en las manos de los Grandes Sacerdotes; pero después de la invasión nahua, fue reformada la Constitución, quedando excluida de esta Cámara la casta sacerdotal.

La Cámara de Justicia, así como la última encargada de vigilar el fiel cumplimiento de las leyes, estaban integradas por sacerdotes. Y por último, el cargo más importante de estas Cámaras es el de Nación Trienal por pertenecer éste a la casta sacerdotal y a la guerrera, y ser, por consiguiente, el eslabón de unión entre el sacerdocio y la realeza. Su elección es por períodos de cuatro años, teniendo acceso a cualquiera

de las Cámaras, y en la de los guerreros con el cargo de capitán.

El Nación actual había producido muchos disgustos a los sacerdotes, pues ellos apoyaron su elección por haberlo considerado un elemento fácilmente dúctil en sus manos, pero resultó de una inflexibilidad indomable. El monarca supo apreciar su preclara inteligencia desde la primera discusión que con él sostuvo y por eso había apoyado su elección con todo empeño.

Era de cuerpo menudo, de altísima mentalidad y gran científico. Conocía las virtudes de infinitas plantas medicinales: a él se debía la corrección del calendario y era muy profundo en la adivinación y en el horóscopo.

Por entre estos personajes avanzaba Surabta en compañía de Arausi, e iba pensando, que la presencia del Gran Tutulxiu no estaba, al parecer, en consonancia con los detalles que ella le diera sobre el carácter de este rey. — ¿Cómo era posible que un ínclito guerrero estuviese envuelto en tan brillante manta de plumas y cubierto de tantas joyas? Esto iba pensando, cuando ve que Arausi se detiene y con voz sonora dice:

—Amado jefe de los nahuas; Gran Tutulxiu. Te presento al jefe terbi, Surabta Qualerú.

—Invoco a la diosa de mi templo, a la casta Xochiquetzalli, para que descienda entre nosotros y escuche mis palabras. — Ya creo verla cuán alegre se columpia en una rama orlada de bellas rosas.

—Ante tí, amada diosa, juro decir verdad, y desafío al que dude por un momento de mi veraz palabra.